

# Una vida para Dios \*

*Beati mortui qui in Domino moriuntur!*; bienaventurados los muertos que mueren en el Señor, se lee en el libro del Apocalipsis del Apóstol San Juan <sup>1</sup>. Es ésta la última bienaventuranza de la que goza el amadísimo Fundador del Opus Dei, a quien hoy recordamos en el undécimo aniversario de su tránsito al Cielo: la bienaventuranza que el Señor reserva para aquellos que durante la vida han buscado, siempre y en todo, cumplir su Voluntad, anhelando la mayor gloria de Dios y recorriendo el camino arduo de las grandes bienaventuranzas proclamadas por Cristo en los comienzos de su predicación.

Monseñor Escrivá de Balaguer comprendió bien y vivió la enseñanza del Apóstol San Pablo: *ninguno de nosotros vive para sí mismo, ni ninguno muere para sí mismo; pues si vivimos, vivimos para el Señor; y si morimos, morimos para el Señor; porque ya vivamos, ya muramos, del Señor somos* <sup>2</sup>. Y así ha sido para el Siervo de Dios, tanto durante su vida como en su muerte, pues —desde los primeros *barruntos* de la vocación con que la Providencia le llamaba— respondió siempre *sí* al querer de Dios, como se deduce de aquel acto de identificación con la Voluntad divina recogido en *Camino*: «¿Lo quieres Señor?... ¡Yo también lo quiero!» <sup>3</sup>.

---

\* Homilía pronunciada en la Basílica de San Eugenio (Roma), el 26-VI-1986, undécimo aniversario del fallecimiento del Fundador del Opus Dei.

<sup>1</sup> *Apoc* 14, 13.

<sup>2</sup> *Rm* 14, 7-8.

<sup>3</sup> *Camino, cit.*, n. 762.

La muerte imprevista, inesperada, le llegó como la última orden del Señor, la última invitación para seguirle. En esa ocasión pronunció su definitivo *fiat*, que —acompañado de la mirada suplicante y amorosa a María— lo empujó suavemente en los brazos de Dios.

Recordando aquel repentino tránsito de la tierra al Cielo, vienen de golpe a la mente las consideraciones, llenas de sabiduría, sobre el valor del tiempo y de la eternidad que, a lo largo de toda su vida sacerdotal, no se cansó de repetir. «Este mundo, mis hijos —decía— se nos va de las manos. No podemos perder el tiempo, que es corto: es preciso que nos empeñemos de veras en esa tarea de nuestra santificación personal y de nuestro trabajo apostólico, que nos ha encomendado el Señor: hay que *gastarlo* fielmente, lealmente, administrar bien —con sentido de responsabilidad— los talentos que hemos recibido... Entiendo muy bien —añadía nuestro Padre— aquella exclamación que San Pablo escribe a los de Corinto: *tempus breve est!*, ¡qué breve es la duración de nuestro paso por la tierra! Estas palabras, para un cristiano coherente, suenan en lo más íntimo de su corazón como un reproche ante la falta de generosidad, y como una invitación constante para ser leal. Verdaderamente es corto nuestro tiempo para amar, para dar, para desagaviar»<sup>4</sup>.

Y también aquel apasionado e insistente deseo de los últimos tiempos: «los que se quieren —son palabras del Siervo de Dios— procuran verse. Los enamorados sólo tienen ojos para su amor (...). Mentiría si negase que me mueve tanto el afán de contemplar la faz de Jesucristo. *Vultum tuum, Domine, requiram*, buscaré, Señor, tu rostro. Me ilusiona cerrar los ojos, y pensar que llegará el momento, cuando Dios quiera, en que podré verle, *no como en un espejo, y bajo imágenes oscuras..., sino cara a cara*. Sí, hijos, *mi corazón está sediento de Dios, del Dios vivo. ¿Cuándo vendré y veré la faz de Dios?*»<sup>5</sup>.

El Amor misericordioso de Dios le preparó y le formó mediante un largo y laborioso aprendizaje para que fuese Padre y modelo de una familia destinada a servir a la Santa Iglesia «*como la Iglesia quiere*

<sup>4</sup> De la *Hoja Informativa* sobre el Siervo de Dios Josemaría Escrivá de Balaguer, n.º 1.

<sup>5</sup> *Ibid.*  
Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

*ser servida*», precisaba siempre. Recordaba a los hombres de nuestro tiempo algunas grandes verdades de las que se siguen fundamentales e irrenunciables compromisos por parte de todos los bautizados en Cristo: la llamada universal a la santidad, «*el dulce encuentro con Cristo en las ocupaciones de cada día*», decía Monseñor Escrivá, accesible a personas de toda clase y condición, sin discriminaciones de raza, de nación, de lengua; la santificación del trabajo y de la vida cotidiana; la filiación divina; el espíritu contemplativo en medio del mundo: «*el fragor del mundo es para nosotros lugar de oración*», repitió en innumerables ocasiones el Siervo de Dios, porque «*nuestra celda es la calle*».

Al contemplar los dramáticos problemas de nuestro tiempo, las tensiones y conflictos que afligen a la Cristiandad, y la grave crisis de valores que se encuentran en la base del decaimiento de las costumbres, de la disolución de las familias y de tantos otros males sociales, denunciados con fuerza por la Jerarquía y en modo particular por el Papa Juan Pablo II felizmente reinante, no puede menos que reconocerse lo providencial de las peculiares características de la espiritualidad y del empeño apostólico del Opus Dei, que constituyen un antídoto específico contra las tendencias deshumanizadoras y suicidas de nuestra sociedad. «Las condiciones de la sociedad contemporánea—hacia observar el Siervo de Dios a un periodista—, que valora cada vez más el trabajo, facilitan evidentemente que los hombres de nuestro tiempo puedan comprender este aspecto del mensaje cristiano que el espíritu del Opus Dei ha venido a subrayar. Pero más importante aún es el influjo del Espíritu Santo, que en acción vivificadora ha querido que nuestro tiempo sea testigo de un gran movimiento de renovación en todo el cristianismo<sup>6</sup>.

Ciertamente, a través de su Siervo *bueno y fiel*<sup>7</sup> y de la Obra divina que le confió, el Señor ha querido ofrecer a su Iglesia una ayuda concreta para la evangelización del mundo hasta sus últimos rincones: particularmente, la Obra proporciona a la Iglesia la contribución de

<sup>6</sup> *Conversaciones...*, cit., n. 55.

sus frescas energías espirituales para la evangelización en el tercer milenio, comenzando por la nueva evangelización de los antiguos países cristianos, atormentados por la plaga del secularismo y del ateísmo, que pretenden arrancar a Dios del corazón del hombre.

Un programa tan genuinamente evangélico, que se remonta al modelo de vida de los primeros cristianos, no podía dejar de suscitar —como sucedía con Cristo, *piedra de escándalo y signo de contradicción*<sup>8</sup>, que lo ha inspirado— resistencias y oposiciones, como deja entrever nuestro Fundador en una homilía pronunciada hace veinticinco años, en marzo de 1961: «desde hace más de treinta años, he dicho y he escrito en mil formas diversas que el Opus Dei no busca ninguna finalidad temporal, política; que persigue sólo y exclusivamente difundir, entre multitudes de todas las razas, de todas las condiciones sociales, de todos los países, el conocimiento y la práctica de la doctrina salvadora de Cristo: contribuir a que haya más amor de Dios en la tierra y, por tanto, más paz, más justicia entre los hombres, hijos de un solo Padre.

»Muchos miles de personas —millones—, en todo el mundo, lo han entendido. Otros, más bien pocos, por los motivos que sean, parece que no. Si mi corazón está más cerca de los primeros, honro y amo también a los otros, porque en todos es respetable y estimable su dignidad, y todos están llamados a la gloria de hijos de Dios»<sup>9</sup>.

Si alguno, por tanto, no entiende, o no quiere entender, no podemos asombrarnos; por el contrario, debemos continuar nuestro servicio a la Iglesia y a las almas con una imperturbable alegría espiritual.

El Santo Padre ha delineado recientemente las características de los hombres y de la mujeres de los que tienen necesidad hoy la Iglesia para llevar a cabo su misión: «se necesitan heraldos del Evangelio expertos en humanidad, que conozcan a fondo el corazón del hombre de hoy, participen de sus gozos y esperanzas, de sus angustias y tristezas, y al mismo tiempo sean contemplativos, enamorados de Dios. Para esto se necesitan nuevos santos»<sup>10</sup>. Se trata de una enseñanza difundida por

<sup>8</sup> Cfr. *Act 4, 11 Lc 2, 34.*

<sup>9</sup> *Es Cristo que pasa, cit.*, n. 70.

<sup>10</sup> Juan Pablo II, Discurso al Simposio del Consejo de la Conferencia Episcopal de Europa, Biblioteca Annual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

el Siervo de Dios desde 1928, como se afirma en el Decreto por el que se introduce su Causa de Beatificación y Canonización.

Queridísimos hermanos y hermanas, el momento histórico presente exige que cada uno de nosotros sepa acoger esta acuciante invitación a la santidad, y cultive con hechos el deseo de formar parte de este nuevo ejército de santos que la Iglesia necesita. Para lograr ese fin es preciso, antes que nada, acudir a las fuentes de la gracia, frecuentar la oración —la conversación personal con Jesús— y los sacramentos, especialmente la Penitencia y la Eucaristía. En efecto, «mediante el don de la gracia que viene del Espíritu —ha recordado Juan Pablo II en la Encíclica *Dominum et Vivificantem*—, el hombre entra en una “nueva vida”, es introducido en la realidad sobrenatural de la misma vida divina y llega a ser “santuario del Espíritu Santo”, “templo vivo de Dios” (cfr. *Rom.* VIII, 9; *I Cor.* VI, 19)»<sup>11</sup>. Toda la fuerza de los cristianos se encuentra aquí: en la gracia del Espíritu Santo que mora en nuestros corazones, y que nos impulsa a amar a todos, sin excluir a nadie, como Cristo, que rezó por los que le crucificaron y ofreció su vida también por ellos.

Al final de su vida —apenas tres meses antes de abandonar este mundo—, con ocasión del quincuagésimo aniversario de su ordenación sacerdotal, Monseñor Escrivá de Balaguer pedía a sus hijos que le ayudaran a dar gracias a Dios por el «cúmulo inmenso, enorme, de favores, de providencias, de cariño..., ¡de palos!, que también son cariño y providencia». Y proseguía: «un panorama inmenso: tantos dolores, tantas alegrías. Y ahora, todo alegrías, todo alegrías... Porque tenemos la experiencia de que el dolor es el martilleo del artista que quiere hacer de cada uno, de esa masa informe que somos, un crucifijo, un Cristo, el *alter Christus* que hemos de ser»<sup>12</sup>.

Invocamos, como buenos hijos, la ayuda de María Santísima, *Refugium nostrum et Virtus*, para aprender a amar, a servir, a sufrir, a gozar de este modo.

<sup>11</sup> Juan Pablo II, Litt. enc. *Dominum et Vivificantem*, 18-V-1986, n. 58.

<sup>12</sup> Meditación *Consumados en la unidad*, 27-III-1975 (AGP, sec. RHF 20. 164, p. 810).  
Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

© by EDICIONES RIALP, S.A., Sebastián Elcano, 30, 28012 MADRID.